

## I

EL CUARTO ESTABA ABARROTADO de gente. Un sudor frío me recorría el cuerpo y un nudo seco se había instalado en mi garganta. Traté de desabrochar el cuello almidonado de mi traje de Primera Comunión que se incrustaba como un hierro en mi delicada piel. Alcé con recelo y un tanto furtivamente un vaso que alguien había dejado casi vacío en un rincón de la mesa. Me atraía el color del líquido rojo intenso que contenía, y sin pensarlo dos veces me lo tragué de golpe. Mi especialidad era beberme a escondidas los restos de los vasos abandonados en las grandes fiestas que daban mis padres. Me estaba convirtiendo en toda una experta de los distintos sabores de vinos y cócteles que con tanto esmero preparaba mi padre. El problema era que una vez me mareé tanto que

acabé durmiéndome en el jardín, delante de las ruedas del coche de uno de los invitados, y casi acabó todo en tragedia. Pero no nos desviemos de este gran día. Era el seis de mayo, y mi hermano y yo celebrábamos nuestra Primera Comuni3n. Aquella ma1ana me haba3a levantado con el pie izquierdo. Mamá estaba muy nerviosa, más de lo que era habitual en ella, mientras vestía a mi hermano. Cuando llegó mi turno, entró en mi cuarto y me encontró con la cara y las manos manchadas de todos los dulces y bombones que tan sólo hacía unos minutos haba3a estado paladeando. Al oír los histéricos chillidos de mi madre, los vecinos bajaron corriendo y tuvieron que salvarme de sus manos. Mamá me llevó a medio vestir y casi a rastras por las calles de Vitoria, donde vivíamos entonces. Mientras atravesábamos la plaza de la Virgen Blanca me empujaba y propinaba algún que otro cachete. «Pero ¿por qué has hecho esto? —me gritaba furiosa—, ¿es que no sabes que tienes que guardar veinticuatro horas de ayuno antes de comulgar?». «No, si ya lo decía yo —continuaba fuera de sí—, esta ni1a a los seis años todavía no tiene uso de razón». Yo corría horrorizada delante de ella intentando esquivar sus golpes con mis manos, mientras me preguntaba qué quería decir eso de tener «uso de razón», pues si yo no lo tenía, ella me parecía a mí que tampoco. Cuando por fin llegamos al colegio del Pilar y mi madre le explicó toda llorosa al se1or obispo mi «pequeña travesura» a1adiendo,

con gran dramatismo, que toda la familia y un gran número de invitados venían desde Madrid para celebrar tal acontecimiento, fui perdonada de inmediato bajo la condición de que fuera a la capilla y rezara tres avemarías. Esta corta penitencia marcó el principio de la desconfianza hacia los curas y la Iglesia Católica que ya persistiría en mí siempre, pues no podía comprender cómo un pecado mortal se podía perdonar de una forma tan rápida y sencilla. Desde entonces, no consideré necesario comulgar en ayunas y nunca sentí el menor remordimiento por ello. En la foto que más tarde mi madre enseñaría con orgullo a sus amigas, se veían dos filas de niños perfectamente alineadas en el pasillo central de la capilla, y una niña, engalanada con su traje blanco immaculado, al lado derecho del obispo que avanzaba lentamente por el centro. Lo que la foto no captó fue que, debido a mi imposibilidad de caminar en línea recta sosteniendo una vela encendida entre mis manos, me ladeé súbitamente hacia el centro interceptando el paso del señor obispo. Éste, a su vez, se tambaleó de una forma muy poco ceremoniosa y pisó mi largo velo, el cual se desprendió de la corona de flores que lo sujetaba y cayó sobre la alfombra. Se armó un gran revuelo y desconcierto. Creo que esta vez el obispo debió de arrepentirse por haber perdonado con tanta ligereza a una niña, según él, «de carita inocente». Pero aquí no se acabaron todas mis desventuras pues a la hora de comulgar, y ante el grave

problema de no poder tragarme la hostia, tuve que pactar con Jesús y decirle que lo tendría que masticar aunque trataría de no hacerle demasiado daño. Ése fue un secreto que guardé con él durante muchos años, ya que hasta que no empecé a llevar medias de seda y tacón alto no pude tragar nada más grande del tamaño de una lenteja.

Otra vez me estoy alejando del acontecimiento principal de aquel día tan importante para mí como accidentado. Volvamos a la habitación llena de gente donde, a pesar de estar viviendo mi gran día, me encontraba incómoda, cansada y aburrida. Salí a la terraza con el deseo de estar sola. Apenas llegaba con mi barbilla al borde de la baranda. Me empiné sobre ella para poder ver mejor la calle. Era estrecha y solitaria, con árboles y bancos de madera donde algunas viejas solían dormitar al sol por las mañanas. En ese preciso instante no había nadie paseando y el silencio se hacía más dramático desde mi altura de seis pisos. Por unos segundos sentí la atracción del vértigo y cerré los ojos para detener el mareo. Unas manos grandes me sujetaron con fuerza por la cintura. Los ojos marrones de mi padre me contemplaban serenos desde lo alto. Me oprimió contra su pecho en silencio, y rodeándome con sus brazos nos apoyamos sobre la balaustrada de madera mirando hacia abajo ensimismados. Eran esos momentos mágicos los que me hacían querer más a mi padre, pero ese día rompí yo la magia con una pregun-

ta inesperada: «¿Es verdad, papá, que si me tiro ahora abajo iré derecha al cielo?». Los ojos de mi padre se achicaron peligrosamente mientras sentía la palma de su mano como una quemazón en la mejilla. Le miré asombrada, era la primera vez que me pegaba y más que miedo sentí vergüenza. «¡No vuelvas a decir una tontería semejante nunca más!, ¿me oyes?... ¡nunca más!», y zarandeaba mi sorprendido cuerpo con violencia. Sostuve impasible su mirada extraviada, sus ojos terribles y despiadados. Era como si un extraño me mirara. No sé por qué en ese instante le vi tan desesperado que me dio pena y, en vez de llorar, le abracé con fuerza para no ver más esa expresión de locura inquietante y desconocida. Sentí un frío inmenso, pero sólo por un instante; sus manos acariciaban mi pelo mientras repetía bajito: «¡Nunca más, mi pequeña, nunca más!...». Entonces no sabía que su voz encerraba un secreto. Ahora soy consciente de que aquélla fue la primera vez que entré en contacto directo con el fantasma escondido de la tía Marga.



## II

YO TAMBIÉN ME LLAMO MARGA, y llevo mi nombre con orgullo. Me costó mucho de pequeña imponerlo entre todos los demás nombres ridículos que me atribuían. Margarita me sonaba cursi; Margot, demasiado francés (mi abuela paterna era de origen francés); Titina, más propio del zoológico y Tito, casi una ofensa. Marga era para mí el nombre perfecto. Me gustaba su sonido claro, conciso, rotundo, directo, sobrio y decidido. Sin embargo, las monjas de mi colegio no pensaban igual, y me martirizaban todos los días con el interminable y dulzón soniquete de Margarita. Siempre he pensado que el nombre tiene que ver con la esencia de la persona. Es como la llave que abre el caparazón agreste y solitario donde nos escondemos todos. Por eso es primordial que uno mismo

elija el suyo propio y no se lo impongan, sobre todo cuando aún no puede decidir el interesado. Hay muchas personas que viven con nombres que no les corresponden, y si nunca se lo han cambiado es porque no se conocen y siempre vivirán como si fueran extraños consigo mismos. Por ejemplo, me acuerdo de una Angelines del colegio que era todo menos un ángel, y de una Blanca que decía muchas mentiras, además de tener siempre el pelo sucio y las manos manchadas de tinta. Pero también estaban: Pilar, siempre muy sólida; Paloma, cuya imaginación nos hacía volar a todas; Estrella, con sus ojos chispeantes; Marina, tan resalada; Angustias, siempre atormentada y sufriendo por todo. Podría seguir enumerando toda una lista, pero lo que en realidad quiero decir es que el nombre delata, cuando de verdad nos pertenece, y esto a muchos no les gusta. Por eso van por el mundo de prestado, con identidad postiza, porque si ellos mismos no se conocen, tampoco quieren que les conozcan los demás. En el colegio me entretenía rebautizando a todas las compañeras cuyos nombres, yo pensaba, no les correspondían, ganándome así la enemistad de muchas de ellas. Tengo que confesar que ésta es una práctica que todavía mantengo viva.

Una tarde de otoño en Madrid descubrí lo mucho que el nombre de Marga significaba para mí. Tenía yo diez años y ya habíamos regresado de Vitoria, cuando vi por primera vez la firma de una tal Marga grabada en una escultura gran-



de y oscura que se erguía desafiante sobre un viejo arcón del vestíbulo. La sensación que me produjo fue de estupor. En el transcurso de mi corta vida nunca me había encontrado con otra Marga y no sabía muy bien cómo tomármelo. La dura y laboriosa elección de mi nombre me había inyectado una buena dosis de sentimiento individualista, reafirmando mi identidad de una forma tan desmesurada como para sentirme con derecho a reclamar la exclusividad de tal nombre. ¿Quién sería esta impostora? —me preguntaba—, ¿por qué yo no sabía nada de su existencia? Miré la escultura con curiosidad, los cuerpos desnudos de un niño y una niña de edad indefinida se apoyaban el uno en el otro, desvalidos, un sentimiento todavía desconocido para mí. Me inquietó la unión de esos dos cuerpos inanimados que me trasmitían frío, hambre, desolación. Cerré los ojos para poder imaginarme mejor que estaba totalmente sola y desvalida en el mundo, que la oscuridad era mi único acompañante. Era una sensación nueva y me gustaba, pero también estaba segura de que en cuanto los abriera de nuevo, esa especie de hormiguelo extraño que sentía en el estómago desaparecería al instante. Me encantaba esa escultura que me hacía sentir todas aquellas emociones y que nunca antes me había llamado la atención. Por algún tiempo mantuve oculto este hallazgo. Si nadie me había hablado de su autora y ni siquiera había oído mencionar su nombre en las conversaciones de

los mayores, debía existir una razón poderosa que yo, inconscientemente, prefería ignorar por el momento. Me excitaba la idea de la existencia de otra Marga secreta en mi mundo imaginario, alguien con quien poder hablar a cualquier hora. Suponía que si ella había creado esa escultura tan enigmática y además se llamaba Marga, tenía que ser una persona muy especial.



A los pocos días de este interesante descubrimiento, entré en el despacho de mi padre con el deseo de encontrar unas cuartillas blancas. Hacía tiempo que quería escribir los cuentos que nos contaba Manuela, la chica que nos cuidaba a los tres hermanos. Eran cuentos imaginativos aunque un poco macabros, y pensé cambiar los finales para así poder usarlos en mi clase de composición. La madre Valero me repetía continuamente que tenía talento para la escritura y que, como toda buena escritora, debía apuntar en un pequeño libro de notas todo lo que se me ocurriese o despertara mi curiosidad. Años más tarde, cuando empecé a escribir con más frecuencia y seriedad, los relatos y cuentos que nos había contado Manuela fueron para mí una constante fuente de inspiración. El cuarto estaba medio oscuro. Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra antes de entrar. Todo estaba en perfecto orden. Cerré la puerta con cuidado detrás de mí. Una oportunidad como ésta, pensé, no se presentaba todos los días y tenía que aprovecharla ya que no había nadie en casa excepto Manuela, que preparaba la cena en la cocina. Me dirigí a la mesa de despacho y abrí los cajones con sumo cuidado para no hacer ruido. Me fascinaba ver la cantidad de diferentes objetos que guardaba mi padre en su cajón del centro: una brújula, un abrecartas, tres tijeras de diversos tamaños, papel celo, un cortaúñas, chinchetas, clips, sellos, tarjetas, gafas, llaves, lápices, gomas de borrar, plumas,

y finalmente su magnífico tintero: ese estanque transparente, grande y alargado, en el que tantas veces, a escondidas, había sumergido mi pluma. Lo abrí con cautela intentando no mancharme los dedos y aspiré su aroma con verdadero deleite. ¿A qué olía la tinta? No lo sabía explicar, pero su esencia me hacía sentir siempre feliz y segura, como si fuera algo muy cercano y familiar. Lo mecí con cuidado entre mis manos observando cómo la tinta negra y algo viscosa se esparcía de un lado a otro sin derramar ni una gota. Era mágico, pensé, embaucada en su hipnótico vaivén, que de ese líquido pudieran salir tantas palabras. Quizá vivieran allí todas apretujadas en esa cápsula de cristal, esperando a que alguien las liberara y les diera forma. Recordé el día no muy lejano, en el colegio, en que no habiéndome aprendido la lección de geografía, vacié medio tintero en mi boca convencida de que ese elixir mágico y oscuro llenaría mi mente con todas las palabras que me faltaban. Dejé el tintero suavemente en su sitio porque allí, en aquella mesa intimidante, todo tenía su espacio asignado, y nada se salía ni un centímetro de su límite. Pero ¿dónde estaban las cuartillas? Empecé a buscar por los cajones de los lados, había uno que debía de estar atascado porque no se abría. Empujé primero levemente para dar luego un tirón con todas mis fuerzas. Imposible, no se podía abrir. Me entró una curiosidad enorme, era el único compartimiento que papá había cerrado con llave. Me

indignó pensar que pudiera ocultarnos algo, pero enseguida me vino a la mente que yo también tenía mis escondrijos, y eso me hizo sentir mejor. Por fin, en el último cajón, encontré las cuartillas: blancas, grandes, esplendorosas, sin rayas ni cuadrículas que limitaran mi imaginación. No sé por qué al tocarlas siempre me entraba un cosquilleo en el cuerpo; esa sensación que le invade a uno justo antes de abrir un regalo. Tomé tres hojas sintiéndome culpable, no quería que papá se diera cuenta de mi intromisión. Nadie me impedía pedírselo, pero entonces me preguntaría todo tipo de cosas y querría ver lo que había escrito, comentaría si era una buena o mala escritora, me sermonearía ofreciéndome todo tipo de consejos y, como consecuencia, yo no volvería a escribir más. Era mejor no decírselo y seguir birlando sus cuartillas siempre que se me presentara la ocasión. Éste sería otro de mis numerosos secretos.

Salí del despacho con sigilo. Cuando estaba sola en casa, me encantaba deambular por todos sus rincones como si fuera un fantasma. Recorría con los ojos cerrados los pasillos y las habitaciones, y con mis brazos extendidos tanteaba las paredes y los muebles intentando descifrar y reconocer todo a mí alrededor. Era sólo entonces cuando yo me sentía más predispuesta a encontrar lo inesperado. Alguna vez que otra me ganaba un cachete de mi madre porque decía que yo siempre andaba escondida por ahí y nunca acudía a su llamada. Entré

en mi cuarto, me dirigí a mi pequeño escritorio, cogí una de las cuartillas, mi pluma favorita, y me fui directa a la ventana para ver mejor. Entonces ocurrió lo inesperado. En el centro de la cuartilla, casi translúcido, apareció la mágica silueta de un galgo —más tarde descubriría que era la marca del papel. El trazo era tan suave y delicado que apenas se vislumbraba. Parecía uno de esos fantasmas que tantas veces había imaginado. Era perfecto. Llena de entusiasmo quise retenerlo y, con un miedo atroz de que desapareciera tan rápidamente como había aparecido, tracé con mi pluma su perfil. ¡Ya lo tenía agarrado!, era un calco idéntico. Me tiré al suelo contemplando extasiada mi obra. Sabía que esto no era exactamente un dibujo, sino una aparición. Había capturado a un fantasma y me preguntaba cuántos más andarían merodeando por ahí. Enseguida pensé en la escultura del vestíbulo, estaba segura de que Marga también había sorprendido aquellos dos cuerpos cuando estaban abrazándose, por eso me había impresionado tanto la escultura. Sentí cierta complicidad con ella, deseaba tanto conocerla, estaba segura de que me enseñaría sus trucos. Me asombraba que yo lo hubiera podido apresar tan fácilmente, pero tenía la sensación de que, por ser novata en estos quehaceres, me había salido de pura chiripa. El fuerte portazo de la puerta de la calle me sobresaltó. Oí las pisadas firmes de mi padre y el corto taconeo de mi madre dirigirse hacia mi cuarto. Me levanté de un salto y me senté con ra-

pidez en la silla del escritorio. Aturdida, me había olvidado de mi pequeña aparición que yacía delineada en tinta azul sobre la alfombra verde. Recé para que ésta ejerciera de fantasma y desapareciera sin dejar rastro alguno, pero mi padre, siempre tan observador y ordenado, fue directo al papel y lo recogió del suelo. «¡Vaya, ya tenemos una artista en la familia!», comentó complacido mientras miraba el dibujo. «Lola, ven a ver cómo dibuja tu hija». Los dos se reían incrédulos. «Pero ¡mira esta mocosa!» —dijo mamá—, «esto le viene de tu familia». Mi padre cambió su expresión risueña por una de profunda gravedad, lanzó con brusquedad el papel hecho una bola sobre la mesa, y me empezó a sermonear sobre la importancia de no perder el tiempo con tantas tonterías y de aplicarme más en las matemáticas, materia donde se podía desarrollar mejor la inteligencia de las personas. Cuando me dejaron sola tenía el pequeño galgo todo arrugado entre mis manos, pero no me importó, yo ya intuía que en mi vida capturaría muchos otros fantasmas y que nada ni nadie me lo impediría.